

Recordatorio del historiador Valdeavellano

Don Luis G. de Valdeavellano (1904-1985) estudió Derecho en la Universidad Central, entonces en el edificio de la calle de San Bernardo, doctorándose en 1931. Sus maestros, Díez Canseco y don Claudio Sánchez Albornoz, le orientaron en los primeros trabajos que siguió en el Centro de Estudios Históricos, como continuador de la tradición de Hinojosa, y de los historiadores del Derecho don Galo Sánchez, Ramos Loscertales y otros especialistas en Historia Medieval. Valdeavellano fue secretario del Instituto de Estudios Medievales, fundado en 1932, y al año siguiente obtuvo por oposición la Cátedra de Historia del Derecho Español en la Universidad de Barcelona.

Tras el paréntesis de la guerra civil, volvió a su Cátedra barcelonesa, prosiguiendo infatigable su labor docente e investigadora. No nos cabe presentar el esquema de lo que sería trabajar en aquellos años difíciles, pero nuestro corresponsal especial nos ofrece una panorámica con referencias al profesorado de la Facultad de Derecho. He aquí lo que nos dice:

En la inmediata postguerra daban sus últimos cursos en la Facultad un grupo de profesores ya viejos que habían enseñado a incontables promociones de juristas catalanes: Castillo (Político), don Eusebio Díaz (Romano), Gómez del Campillo (Canónigo), el economista Algarra y algún otro. Los civilistas, aunque ambos levantinos, eran los dos tipos más opuestos que quepa imaginar: Dualde, expansivo, jovial, chispeante, algo desorganizado, y Bonet, maniático del orden que dictaba su texto, desconfiando de la capacidad de sus alumnos para tomar apuntes, y lo interrumpía de vez en cuando para comentarlo. Josep M.^a Pi i Sunyer, ex-secretario del Ayuntamiento de Barcelona, se encargaba

del Administrativo. La Cátedra de Penal estaba a cargo del profesor joven de la Facultad, Octavio Pérez Vitoria, jubilado hace poco.

Y Valdeavellano. Fui alumno suyo en el primer curso de la carrera, en el 40-41. ¿Qué edad tendría él entonces? Algo más de 35 quizás. Era un hombre menudo, serio, que infundía respeto afectuoso. Llegaba con toda puntualidad y explicaba su clase sin levantar nunca la voz, con tranquila eficacia. Desgraciadamente, limitaba su curso a la historia de las fuentes del Derecho español, materia particularmente árida para algunos alumnos.

¿Con quién se relacionaba Valdeavellano en Barcelona? ¿En qué trabajaba o qué preparaba por entonces? No lo sé, no tengo la menor idea. Un mínimo de investigación hubiera sido preciso para escribir algo sobre él en aquel período. Lo cierto es que, sin que sus alumnos fuéramos plenamente conscientes de ello, Valdeavellano debió de ser el profesor de mayor peso intelectual en la Universidad literaria de entonces —junto a otro hombre de su edad, igualmente menudo y serio, a quien veíamos atravesar el claustro del ala de edificio que compartían Derecho y Filosofía: Xavier Zubiri.

* * *

De entonces datan sus trabajos respecto al Derecho privado medieval de Castilla que publicó en los *Anales* de aquella Universidad, así como sucesivos artículos en la *Revista de Derecho Privado*.

Jurista eminente, a medida que profundizaba en sus trabajos, se iba acreditando como historiador de gran rigor científico. En 1952 se publicaba su *Historia de España* (De los orígenes a la Baja Edad Media), y a esta obra, ya clásica, seguiría como prolongación el *Curso* de Historia de las instituciones españolas. La Real Academia de la Historia le llamó a colaborar en sus tareas; el discurso de ingreso publicado en las *Memorias* de la corporación trata de los burgos y burgueses en la España medieval.

* * *

La Facultad de Políticas y Sociología de la Complutense, en sesión solemne, rindió homenaje a la labor del insigne medievalista. Los comentaristas aludían a sus profundos conocimientos, no sólo en materias de la propia especialidad, sino en algunas más particulares, tal como la Literatura española y la francesa.

Entre diversas reseñas aparecidas en la ocasión, la de don Gonzalo Anes (*Moneda y Crédito*, n.º 172) resume cumplidamente la obra. Con mucho gusto recogeríamos diversos pareceres de otros compañeros y alumnos suyos. Así, por ejemplo, el Dr. Font Rius, sucesor suyo en la Cátedra barcelonesa, termina diciendo: «La silueta moral de Valdeavellano quedaría incompleta sin aludir, por lo menos, a su modestia personal y profesional, a su predilección por la vida sencilla y oculta, por el trabajo recoleto y perseverante, y sobre todo, a su trato cordial, a su entrega incondicional y desinteresada hacia amigos y discípulos.»

En el número anterior de estos ANALES, publicábamos la interesante conferencia que leyó Valdeavellano en la sesión conjunta que celebramos en la sede de la Fundación Francisco Giner. Tal sería uno de los últimos trabajos que aún pudo corregir y ver impreso, poco antes de su fallecimiento en la primavera pasada. Descanse en paz.

